

TROPICALMENTE

Carlos Zetina Rosales/Facultad de Química

Pescando me he pasado la vida. Desde que Dios amanece hasta que anochece ando trepado en el cayuco, bajo el sol, bajo el agua o lo que sea la voluntad del Señor. Me acompaño las mañanas y las tardes de puritito silencio, sólo desvelado por el ruido que deja la red cuando cae el agua. Ahí de vez en cuando se deja escuchar una musiquita de alegría y puro gusto que hacen los jeraneros en las enramadas; no importa si sur o norte, ahí están con una expresión triste en la cara, aunque las palmas rezumben y suenen de tanto guitarrazo y albur salpicados.

El pescar se presta al silencio, sí señor. Mire usted, yo soy así de por natural, callado, sin mucho argüende ni mira mira. Yo nomás mudo, viendo que dizque el sol se levanta, se trepa en el cielo y luego que se mete tras la sierra, allá por el San Martín. Y juntando pescado tras pescado, hasta que el cayuco rebosa de plateado, de ojos saltones y de agallas que palpitan. Pero eso es así, ya ni modo, Dios nos dejó dicho que los otros animalitos nos iban a sustentar, a dar pa' comer.

Ya con la noche subida al cielo me regreso p'al muelle. Ahí voy viendo el malecón, dizque las casas de los elegantes, los bares, los embarcaderos, las terminales. Desembarco mi pescado y me lo llevo pa' venderlo, a cuanto más y mejor. Pero eso sí, en puritito silencio. Ni avisar que ahí va el golpe. Luego atravieso la ciudad con las calles alumbradas y los almacenes llenos de mundo, y el parque pa' los chiquititos y la fuente de colores, y los pichos arrebuajados en los arbolillos.

Ahí agarro otro camión, y todo silenciado llego a su humilde casa, donde me reciben la Carmela y los chamacos. Me sirven los frijoles, la tortilla, el cafecito, porque usted sabrá, señor, que en esta su humilde casa no llegan manjares ni entran puercos o guajolotes asados.

Ya pa' terminar la jornada me llevo al Benjamín al patiecito y le enseño el cielo estrellado, que es pa' sorprenderse, señor. Nomás viera usted dizque esos puntos brillosos colgados del mero cielo, sin caerse, y toda la noche alumbrando, bailando digo yo, porque se mueven de un lado p'al otro. Ahí rompo el silencio. Le canto al chamaco. Como está chiquitito, pues. Y no pa' que duerma. No. Pa' que aprenda que en el cielo vive Dios y la virgen y los ángeles.

Acostado en la hamaca con la Carmela, ni hablamos siquiera. Así somos. Los días de calor, ni modo pues, ahí me le monto, dizque para darme una satisfacción. Luego ahí vienen más chamacos.

Hasta ahora tengo cuatro, sí señor. La mayorcita y los tres varoncitos. Los queremos hartos, la Carmela y yo. Los domingos los llevamos a la feria que se pone por la Díaz Mirón, pa' que vayan a los caballitos, pa' que vean a la niña que por no hacer caso a sus papás le cortaron la cabeza, a las culebras: los pitones, las boas, las cascabel, y luego a los títeres, donde pasan esa función de los esqueletos en bicicleta. Ahí nos reímos chorros los chamacos, la Carmela y yo. Viera usted la de dengues que hacen.

Ya p'al otro día agarro mi comida y me voy p'al río. Agarro el cayuco y me meto al

silencio. Con mi sombrero de paja voy sacando tesoros del mar, le voy quitando gemas, piedras preciosas, sí señor. Eso p'alegrar a la Carmela.

Los días se me van pasando. Sólo me doy cuenta del mes en que andamos por las lluvias, por los vientos. Ahí sí ni modo. Dejo bien arrimado el cayuco y me voy a vender platanitos fritos, p'al sustento, p'al gasto, como dicen.

Pero lo que quería contarle antes, señor, es otra cosa. Quería confiarle una queja. Y como usted dizque es representante del gobierno, pues a la mejor nos hacen caso. Mire usted, de buenas a primeras, los pescados aparecieron flotando allá por las riberas. Chingaderal de pescado muerto.

Yo me quedé chipujo, pa' que más que la verdad. Así todos. Hasta que empezamos a indagar y supimos que el río estaba envenenado. Más después averiguamos todo, todito. Las chimeneas que habían traído unos barcos, tan grandotas, pues eran pa' poner unas fábricas ahí nomás enfrentito. Yo no pensé entonces. Yo silencio. Que pongan su fabriquita, su negocio. Y le seguí metiendo mano al pescado.

El veneno vino de las fábricas. Ahí estaban las pinches chimeneas, escupiendo humo blanco y tupido, ahí estaban unos tubotes echando agua con veneno al río. Al rato, señor, todo era pantano muerto, bien difuntito. Café, con árboles grises y aire de tristeza, sí señor

Ahí nos fuimos p'al ayuntamiento, donde que nos van a quitar el pan de la boca. Amuinado andaba yo, con un sabor amargo en la saliva. Ahí se me acabó el silencio. Ahí hablé y dijimos sus verdades al presidente municipal. Pero pa' qué le cuento, señor. Puro güiri y nada que quitan las fábricas.

Ahí en el río, el pescado muerto. Pura peste, puro hedor. Pinche muina que me cargaba, por no tener qué llevarles a la Carmela y a los escuincles. Puro aceite en el agua, veneno.

No le miento, señor. Se me murió el Benjamín, el chiquitito. Se le fue inflando la barriguita poco a poquito, y él sin decir nada, callado, con los ojitos llorosos. Ya luego me dijeron que tenía lombrices y gusarapos, el pobrecito. Pero yo creo que tenía aire, puritito aire, sin nada pa' masticar, pa' entretenerse. Yo creo que por eso nomás lloraba silenciosc, mirándonos a la Carmela y a mí. Lo fuimos a enterrar a Tres Zapotes, de allá donde es la Carmela. Ahí quedó con sus gladiolitos y sus nubecitas. Alegrado quedó el chamaco, de tanta flor.

Yo siempre he sido callado, señor. No me gusta el chismerío, la lengua caliente. Yo nomás viendo. Yo en silencio. Que el canto de los pájaros, sí señor, me encanta. Que las estrellas pa' los niños, sí señor, cómo no. Que los aretitos pa' la Carmela, ahí le paso el costo. Que los dulcecitos pa' los chamacos, que las caricias pa' mi mujer, que los domingos y la musiquita.

Pero yo, puro silencio. Nomás observando, nomás dándome gusto con los ojos y los oídos. Nomás dando gracias a Dios. Deveras, señor, le juro que nomás.